

## La crisis de la socialdemocracia

Los socialistas aparentan desentenderse del colapso comunista y se aferran al Estado del bienestar como a un clavo ardiendo. Es verdad que el socialismo aceptó la democracia, la libertad, la propiedad privada y el mercado. Por tanto, si el comunismo, que no aceptó nada de eso, se va al garete, los socialistas pueden argumentar que esa guerra no va con ellos.

El punto, sin embargo, es menos claro de lo que parece,

porque Marx ha sido la fuente doctrinal tanto de socialistas como de comunistas. Hace relativamente poco que Felipe González planteó —no sin revuelo— el abandono del marxismo en el PSOE. Es razonable pensar que cuando caen las estatuas de Marx, algo se rompe también en el corazón doctrinal socialdemócrata.

Pero hay algo más. La crisis comunista sola no alcanza para explicar la pérdida de rumbo

socialista. Puede postularse una hipótesis adicional: la catástrofe ha ocultado la verdadera dimensión de otro naufragio, que sí es crucial para la socialdemocracia, el del propio Estado.

Los socialistas vivían encantados con el Welfare State, y con razón. Un venerable cuerpo doctrinal no marxista, desde Keynes hasta los modernos vericuetos matemáticos del equilibrio general, explicaba científicamente que el mercado estaba lleno de defectos. (Por cierto, chapeau a la independencia ideológica de la ciencia y a los trabajos de los economistas no socialistas, desde el del gran Enrico Barone en 1908, que demostraron la lógica de la economía planificada).

Tanto la teoría como la práctica, entonces, justificaban, en aras de la vieja bandera igualitaria, la presencia de un Estado protector que suministrase salud, educación, transportes, comunicaciones, viviendas, pensiones, trabajo, industria y todo lo imaginable.

Este encanto se desvanece y aquí estriba la preocupación de los socialistas: su problema no es principalmente lo que sucede en Moscú, sino lo que ocurre en Estocolmo. Y lo que pasa en Estocolmo, en España y en todos los países del capitalismo avanzado —así llamado porque el Estado avanza sobre el capital de la sociedad...— es que el modelo hace agua.

Al final el Estado crece mucho y tiene lógicamente que cobrar muchos impuestos a mucha gente.

Los estímulos al trabajo y al ahorro, bases de la riqueza, se ven gravemente dañados.

Pese a teorías y esperanzas, el Estado no resultó eficaz, y empezó a proveer sus servicios cada vez peor. La imposición mediante retenciones, gran anestésico tributario, logró que los ciudadanos se quejaron primero de los pésimos servicios del Estado protector y sólo después tomarán lentamente consciencia de que la jauja no era gratuita.

Todo se hacía, según los socialistas, por solidaridad y cooperación. Pero en la práctica los burócratas reparten dinero discrecionalmente, los partidos utilizan los planes de empleo para una descarada compra de votos, y la famosa igualdad no se ve por ninguna parte. Al contrario, el sistema redistributivo tiende a petrificar la desigualdad: nada hay que contribuya más a aumentar el paro que el que le paguen a uno por estar parado; toneladas de dinero público no han mejorado la situación de la región.

La desconfianza fue alimentada por las sospechas de que quienes administraban el Estado benefactor procuraban, angelitos, beneficiarse un poco ellos también. Y aparecieron los amiguetes, simpatizantes y toda la pequeña y gran corrupción —no siempre delito— que ha permeado, por ejemplo, al socialismo español en los últimos años.

Y hay otra corrupción: la desnaturalización de las instituciones, las interferencias del ejecutivo

en los demás poderes, el control sobre los medios de comunicación y otras lindezas propias de quienes creen encarnar el bien social y, por tanto, recelan de las trabas que Montesquieu interpone en su camino.

Para colmo de males, el Estado ha empezado a fracasar también en aquellos cometidos que siempre le han pertenecido, y que sólo los anarcoliberales disputan: la justicia y el orden público, que en España, por decirlo suavemente, no han mejorado en la década del PSOE.

La verdadera crisis del socialismo es que no ha asumido el fracaso del Estado del bienestar y carece de otra bandera con que reemplazarlo.

Es cierto que hay un socialismo liberal, hoy en alza, que tiene tradición doctrinal —el socialismo nació liberal en el siglo pasado; Marx combatió el proteccionismo— y contrasta graciosamente con la derecha, que en España es muy estatista.

Pero los socialistas liberales no desean dismantlar el *Welfare State*, porque no saben qué poner en su lugar. Confluyen en un alto grado con sus adversarios “social-intervencionistas” en la conservación del Estado del bienestar y la negación de lo que han sido sus consecuencias en la práctica.

## Intervencionismo

Esa negación tiene en España y Europa una doble característica: por un lado, se añaden o potencian justificaciones a la intervención estatal, como la ecología o el subdesarrollo —ambas muy discutibles, por cierto—. Y por otro lado, se busca disfrazar el Estado del bienestar nacional en uno internacional. Así se comprende el entusiasmo con que el socialismo se aboca a construir un nuevo Estado, la Comunidad Europea, con los mismos defectos que los viejos estados nacionales.

Cabe esperar, entonces, que los socialistas continúen respaldando la doctrina intervencionista y reivindicando las conquistas del Estado del bienestar, y que cambien a Marx por pensadores con facetas estatistas —habrá una revalorización del utilitarismo de Jeremy Bentham y John Stuart Mill—.

Puede argumentarse que esta estrategia no es óptima, porque no reconoce el hecho evidente de que el público está cansado de los impuestos y de la ineficiencia y corrupción estatal. Habrá que aplaudir a los pocos audaces que osen pensar en nuevas consignas. Pero no parece probable, en cualquier caso, que el grueso de los socialistas se desprendan del clavo ardiente del *Welfare State*. Con lo que seguramente se quemarán. ☹

*Carlos Rodríguez Braun*